Baile de máscaras

Enrique Roberto Urrutia

Baile de máscaras

Enrique Roberto Urrutia

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
©Enrique Roberto Urrutia, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-29-0
THEMA: FF - FH - FBA
DEPOSITO LEGAL: M-14441-2026

Dedicado a Nino,
Vera,
Francisco
y Clara

Capítulo 1

Artemio recorría la ciudad cuando se cruzó con José de camino al banco. Había llegado hacía poco y por el momento no pensaba visitar a nadie.

—¡Artemio! Mira justo a quién me vengo a encontrar. ¡Qué sorpresa!

No se veían desde que se marchó veinte años atrás. El tiempo mostraría que no fue un encuentro casual.

—Hola, José. La ciudad es un pañuelo —dijo sin mucho entusiasmo.

—¡Estás igual que la última vez que te vi! Noe y yo siempre nos preguntamos por tu misteriosa desaparición. Jamás volvimos a tener noticias tuyas.

—Y sí, la vida es un misterio.

—Vamos a tomar un café, así charlamos y nos ponemos al día.

—Disculpa, estoy apurado, tengo que ir al banco.

—Falta para que cierren. Vamos, allí hay un bar y podemos sentarnos unos minutos —dijo con insistencia.

No le quedó más remedio que aceptar.

—¿Qué estás haciendo por aquí?

—Acabo de llegar y todavía no sé qué voy a hacer. No sé si me quedo o me voy. Estoy viendo cómo está todo.

—Bueno, pero estás aquí. ¡Qué alegría verte! Te mantienes en buena forma, como cuando jugábamos al fútbol. ¿Te acuerdas de las temporadas que salimos campeones?

—Claro. Cómo no me voy a acordar.

—Teníamos un equipazo. Por eso ganamos los torneos dos años seguidos.

—Es que el vasco Iñaki era imbatible en el arco —acotó Artemio.

—Te acuerdas cómo renegaba cuando lo llamábamos Ignacio, su nombre en castellano.

—Era calentón como buen vasco, pero gran tipo.

—Y la defensa, una muralla. El zurdo Mateo más de una vez se iba con sangre en los botines —comentó José.

—Pero además, con el mudo y el hijo del doctor en el medio, no pasaba nadie. Qué pedazo de jugadores —agregó el recién llegado.

—Y delante nosotros nos cansamos de hacer goles.

—Fue una época dorada —dijo Artemio con nostalgia.

—Ahora me ofrecieron la dirección técnica del club y estoy buscando un ayudante. Justo te encuentro

y eres la persona indicada para el puesto. Quiero que te sumes al equipo de trabajo ya mismo.

—No, recién llego. Agradezco la oferta, pero me toma por sorpresa. Aún no tengo nada decidido y estoy bastante alejado del fútbol.

—Vamos, el fútbol es como andar en bicicleta, una vez que aprendiste no se te olvida y te gusta toda la vida. Por más que pase el tiempo, el placer de patear la pelota y estar en contacto con el fútbol no se borra jamás. Además, te vas a encontrar con los compañeros de aquella época que están en la comisión directiva y se alegrarán de verte.

—Eran una banda.

—Sí. Un *sponsor* nos trajo como refuerzo un arquero, dos defensores, un mediocampista y un delantero. Quieren darles rodaje y se hacen cargo del sueldo. Son jugadores de primer nivel. Tenemos un equipo para pelear arriba, pero hay que trabajar duro.

—Vaya, reforzaron medio equipo.

—Sí. Además, nos financia la ampliación del estadio. Remodelaremos los vestuarios, las dos tribunas laterales y les agregaremos techo.

—¡Qué proyecto! Eso sí que es un gran cambio. Está bien. Primero voy a ver de qué se trata y después decido.

—¡Hecho! Seguro que te va a gustar. Ahora comienza la pretemporada y pronto el campeonato. Hay que entrenar duro para estar en forma.

—El trabajo no me asusta y además me gusta —dijo con cierto entusiasmo.

—Bien, mañana a las ocho te veo en el club. Cuando Noe se entere, no lo va a creer. Encontrarnos por casualidad después de tanto tiempo y ahora convertirnos en compañeros de trabajo. Tienes que venir a cenar a casa.

—Tranquilo, baja un cambio. Hoy no puedo, será en otra ocasión.

—Está bien, cuando quieras te esperamos.

—¿Cómo está Noe?

—Hace tres meses la operaron de la columna, pero ahora está bien.

—¿Tienen hijos?

—No. Ella nunca quiso y a mí me da igual.

—Está bien. Cada uno elige hacer de su vida lo que le parezca. Tener hijos o no es decisión de cada pareja. Lo importante es que estén bien.

—Dame tu teléfono y dirección, así sé dónde encontrarte.

—Por ahora te doy el celular porque paro en un departamento temporario y estoy por mudarme.

—Como quieras. Te espero mañana en el club y te presento al equipo. Ahora voy a avisar a la comisión directiva.

—De acuerdo. Mañana nos vemos. Me voy antes de que cierre el banco.

—Adiós. No veo la hora de contarle a Noe.

—Envíale saludos. Adiós.

Capítulo 2

Artemio estuvo preso dos veces en Estados Unidos, pero fue absuelto por falta de pruebas. Veinticinco años atrás mantuvo una apasionada relación con Noe. Iban juntos a todos lados y no se despegaban en ningún momento. Pronto se mudaron a un departamento y el pegoteo aumentó, aislándose cada vez más. Los amigos consideraban a la pareja como muy densa. Pensaban que se habían idealizado tanto que no sabían vivir en la realidad. De todos modos, a ellos la opinión de los demás no les importaba en absoluto.

Por esa época, Artemio era un exitoso futbolista, líder del equipo. Esa condición resaltaba su atractivo entre las mujeres a pesar de no ser ningún Adonis. A su vez, era bastante impulsivo y algo presuntuoso.

Ella tenía un aspecto común, pero había que reconocerle actitud. Tanto en una mujer como en un hombre, es un rasgo que marca la diferencia. Él le adjudicaba una sensualidad que no tenía. Noe le veía a Artemio un carácter egocéntrico y difícil, pero pensaba que lo

iba a cambiar. Por momentos se mostraba indiferente y tirano, y en otras ocasiones tierno y apasionado. Esa montaña rusa emocional le atraía sobremanera. Venía de una familia disfuncional y era proclive a relaciones complejas. En esa época, se prometían amor eterno. Aseguraban que el que ama de verdad, ama para siempre.

El romance duró dos años hasta que fue a probar suerte a un club grande de la capital y desapareció. Tuvo un final abrupto como todos los finales de sus relaciones. Pasado un año, regresó unos meses antes de partir al exterior. Entonces se enteró de que Noe estaba de novia con su amigo José. Lo tomó como lo tomó. Un poco bien y un poco mal. De todos modos, no tenía derecho a ningún reproche. Les deseó lo mejor y se marchó a su nuevo destino.

Después de veinte años de ausencia, se encontró con José y le ofrecía un trabajo que lo comprometía a trabajar juntos por meses. También lo acercaría a Noe. Parecía como si en este tiempo no hubiera pasado nada y todo continuara como cuando jugaban en el club. No estaban claras las intenciones de su amigo; tal vez ni él las tenía claras. Artemio no sabía si era un genuino gesto de amistad o si querría saber si aún Noe sentía algo por él y viceversa. ¿Tal vez necesitaba asegurarse de que fue elegido por sí mismo y no por descarte? ¿O quizás fue un ofrecimiento sin segundas intenciones? Vaya usted a saber. La mente humana funciona de mil

maneras. Estamos en un baile de máscaras y permanentemente nos ocultamos detrás de ellas.

La misteriosa partida de Artemio se debió a un contrato con un club de fútbol de Estados Unidos. Sobresalió por su talento durante varias temporadas y acumuló una pequeña fortuna. Allí se convirtió en un verdadero Casanova. Un semental disputado por muchas mujeres adineradas. Fue una época de excesos en un ambiente de poder y hedonismo.

Un fatídico sábado se accidentó con el auto después de una terrible discusión con Margaret, su tóxica amiga millonaria. Fue el final de su carrera deportiva. Estuvo semanas internado y pasó largo tiempo en rehabilitación.

Durante la recuperación, conoció a Kristof, un viejo mago que tuvo una exitosa carrera en Las Vegas y Los Ángeles. Había nacido en Budapest igual que Houdini, y contaba mil historias de su época de esplendor. No tenía familia ni amigos. Este raro personaje concitó su atención. En las prolongadas charlas relataba experiencias de su meteórica carrera de mago. Artemio quedó deslumbrado. Las cotidianas pláticas los acercaron cada vez más. Al terminar la rehabilitación, quedaron en verse.

No pasó mucho tiempo cuando Artemio decidió visitar al mago. Vivía en una zona residencial y al llegar al complejo se hizo anunciar en la recepción. No sabía si estaba en su casa ni si lo recibiría, pero eso no lo detuvo.

Enseguida lo hicieron pasar.

—¡Buen día, Artemio! ¡Qué bueno que hayas venido! —dijo efusivamente Kristof.

—No sabía si lo encontraría, pero aquí estoy.

—Has hecho muy bien. ¿Quieres tomar café o prefieres otra cosa?

—Un café está bien.

Era una situación extraña. Las vueltas de la vida lo habían colocado en otro país y ahora hablaba con un extranjero sin familia, igual que él.

—¿Cómo has estado después de la rehabilitación? —preguntó el mago.

—Bien. Por supuesto que no volveré a jugar al fútbol profesional, pero conservo mi calidad de vida.

—En buena hora. En cambio, yo, a pesar de la rehabilitación, arrastro secuelas. Los años no ayudan mucho.

—Sin embargo, se lo ve bien.

—Sí, y con ganas de seguir haciendo magia. He preparado nuevos números que asombrarán a todos.

—Vaya, tendré que ir a verlos.

—Lamentablemente, no va a poder ser. No estoy para subir a un escenario. Apenas puedo caminar y permanecer de pie. Mi carrera está terminada.

—No puede dejar que sus espectáculos se pierdan. Si no los realiza usted, debe transmitirlos para que los demás los disfruten. Tiene que buscar un sucesor.

—No es tan fácil y, además, soy un lobo solitario. Con los únicos con los que he tenido una conversación

en los últimos tiempos es con los médicos y de cosas de salud. Y el único que me ha visitado en meses has sido tú.

—Usted, más que un lobo solitario, es fundamentalmente un maestro talentoso. Debemos buscar un heredero para que sus proezas no se pierdan como las de Houdini.

—Estoy en el final del camino y ya no tengo tiempo.

—Siempre hay tiempo.

—Tienes razón. Creo que la oportunidad ha llamado a mi puerta. Tú eres la gran alternativa.

—¿Yo? ¡Imposible! Soy un futbolista retirado que no tiene nada que ver con la magia.

—Al contrario. Eres la persona indicada y es tu gran oportunidad para iniciarte en el arte de la magia.

—Es una idea descabellada, no tengo ese talento a pesar de que siempre me atrajo el ilusionismo y los magos.

—Todo se puede lograr con esfuerzo y trabajo. Tienes la edad adecuada y además el tiempo necesario.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no me veo como ilusionista.

—¡No! Yo no soy ilusionista, soy mago.

—¿Cómo?

—Los ilusionistas fingen hacer realidad lo imposible. Producen fenómenos que parecen contradecir los hechos naturales, pero en definitiva son un engaño. Son farsantes.

—¿Y los magos?

—Nosotros practicamos el arte de las ciencias ocultas. Producimos fenómenos contrarios a las leyes naturales. Lo que hacemos no es una ilusión, es realidad mágica.

Artemio quedó sin palabras. El viejo Kristof hablaba con tal seguridad que no dejaba lugar a dudas. Tampoco parecía haber perdido la cordura. Fue un encuentro extraño que cambiaría su vida.

Capítulo 3

Con la propuesta de José, ahora enfrentaba otro dilema en su camino. Volvía a encontrarse con los viejos lugares, el club, los amigos, su exnovia. Pero, ¿sería conveniente la vuelta? ¿Cómo tomaría Noe su aparición? Él tampoco tenía claro lo que sentía. Tal vez no debería aceptar, sería mejor alejarse. Eran preguntas difíciles de responder por el momento.

José decía que solo se vive una vez y que, si se hace bien, una vez basta. Pero, ¿qué es hacerlo bien? Su vida avanzaba aceleradamente por un camino enmarañado. Su filosofía no era quedarse haciendo planes mientras le pasaba la vida por encima. Sabía que hoy era el primer día del resto de su vida y seguía los consejos de Horacio: *Carpe diem*, aprovecha el presente ante la fugacidad del tiempo. No le dio más vueltas. Decidió reencontrarse con su antiguo mundo.

La mañana amaneció espléndida. Había soñado que jugaba una final en el estadio y José le daba el pase

con el que convertiría el gol de la victoria. Noe festejaba desde la tribuna.

Despertó con una sensación agridulce. Pensó en Noe y José; se sentía raro. No alcanzaba a definir si el reencuentro le agradaba o no. ¿Qué sentiré frente a Noe? Jamás se le había ocurrido que al llegar a la ciudad se produciría este acercamiento. El aviso de la cafetera lo volvió a la realidad. Pronto el sueño quedó en el olvido.

Desayunó rápido. Estaba ansioso. Le intrigaba saber cómo encontraría el club después de veinte años. Llegó antes de las ocho. Al acercarse, le impactó verlo bastante venido a menos. El portero lo reconoció. Estaba en varias fotos con los campeones y las copas ganadas.

—Buen día. ¿Usted es el gran Artemio Marino?

—Buen día. Sí, soy ese mismo, pero lo de "gran" está de más —respondió con falsa modestia.

—¡No! Usted es una gloria del club.

—Bueno. Muchas gracias.

—Me avisaron de que llegaba y lo reconocí por las fotos donde están las copas de los campeones.

—¿No diga? No sabía que tenían un lugar con los trofeos.

—Sí. Hay un mini museo donde están las vitrinas con las copas, las camisetas, las fotos de los equipos campeones y la lista de jugadores. Fue una época dorada.

—Sí. Espero que se repita —dijo apurando la despedida.

—¡Ah! José Bermúdez avisó de que se demoraría, pero vendría lo antes posible.

—Bien. ¿Llegaron los jugadores a la práctica?

—No. Empiezan a las diez.

—¿Hay algún directivo?

—No. Llegan a las doce, aunque alguno aparece antes.

No había nadie en el club. Le cayó mal. Cambió el humor. José, que insistió tanto, no estaba. Los jugadores llegaban más tarde y tampoco había algún directivo. Estuvo a punto de irse, pero decidió recorrer las instalaciones.

—Voy a ver un poco.

—Adelante, está en su casa —dijo amablemente.

Lo que veía no le gustaba. Con el tiempo lo había idealizado tanto que no encajaba con su recuerdo. Todo le parecía más chico, descuidado, envejecido. Después de tantos años, estaba deslucido. Sin duda, necesitaba bastantes arreglos. No había cambiado mucho, salvo un pequeño gimnasio. La cancha, la tribuna, los vestuarios, lo decepcionaron. Su desagrado iba en aumento. Comenzó a dudar de la remodelación y del refuerzo de jugadores. A lo mejor solo era un proyecto o un deseo de José.

—¡Señor! ¡Señor!

—Sí. ¿Qué sucede?

—José avisó que tuvo un problema y no va a venir. Trató de llamarlo, pero perdió su número de celular. Me pidió que le diga que lo disculpe y que lo espera mañana.

—¿Qué le pasó?

—No dijo, solo avisó de que no puede venir.

A la decepción por el club ahora se sumaba este otro contratiempo. Era la gota que colmaba el vaso.

—Bueno, gracias. Entonces me voy. Adiós. Que tenga buen día.

—Gracias. Igualmente para usted.

Partió contrariado. No con José, sino con él mismo. Si perdió el número, no tenía forma de comunicarse. Él tampoco quiso pedir su teléfono en el club. Prefirió marcharse. Vería si era para alejarse una vez más.

Al rato se fue calmando y minimizó el inconveniente. Apareció un mensaje en el celular. Era de Margaret, la amiga norteamericana con quien mantuvo una nefasta relación. Le molestó y no lo abrió.

Volvió a su viejo barrio. También estaba cambiado. Los antiguos negocios habían desaparecido. En su lugar, levantaron enormes edificios. Sintió el inconfundible olor a pan salido del horno, dobló la esquina y descubrió la vieja panadería donde solía comprar. Entró a buscar los bizcochos que tanto le gustaban. Lo atendieron los hijos del panadero. Él los reconoció; ellos no. Compró tres; eran iguales a los que comía.